

Un autor en busca de editor

Refiriéndose a sus dones literarios, Borges decía de él que poseía “el manejo de unas destrezas, una que otra ligera variación y hartas repeticiones”.¹ De mí sé decir que ninguna destreza literaria me ha sido dada; todas no han sido sino acotaciones de un lector descuidado y pocas veces alerta, ambas condiciones privilegio del lector.

Alberto Rangel*

“Creo que lo decisivo que nos reservaba este viaje ya sucedió. ¿No lo cree usted así?”² Le fue preguntado a Maqroll el Gaviero. Y un poco más adelante, El Gaviero consignaba en su diario: “en la aventura misma estaba el premio y no hay que buscar otra cosa diferente que probar los caminos del mundo.”²

Yo, como Maqroll El Gaviero, tengo para mí que la aventura está en el viaje mismo más que en su destino. El destino de un manuscrito es pertenecer a una casa editorial y a los probables lectores o yacer en el fondo de un polvoriento arcón o como genio maléfico dentro de una ánfora arrojada al fondo del mar. La aventura está en imaginar la forma y estructura del texto, en la molestia o deleite en escribirlo.

La aventura de escribir un libro me fue inspirada por un médico con preparación en física, Juan Leonardo Poiseuille, quien en el siglo pasado (ya antepasado) formuló la ley que explicaba la dinámica de la sangre a través de los vasos sanguíneos del animal de experimentación; ley biológica, ampliamente aplicada a la dinámica de los fluidos estudiados en el campo de la ingeniería. A partir de las implicaciones de esta ley, emprendí la consulta de escritos sobre fisiología, física y medicina con el propósito de filtrar lo típico y común, tamizar lo singular y escaso, revelar carencias y ausencias e imaginar un texto que, de no ser diferente, cuando menos completara lo dicho en otros testimonios. El texto resultante fue la

apreciación personal de una ciencia, la hemodinamia, que, como la apreciación de otras ciencias, como la apreciación de los paisajes y de las vivencias, son valorados de diferente manera por lectores o escritores, por espectadores o actores.

La idea de escribir un libro sobre hemodinamia no se gestó con la redacción del primer capítulo. Sin yo saberlo, empezó a germinar desde el primer momento que puse un pie en el laboratorio del doctor Limón;^a desde los primeros trazos de presión, radiografías y angiografías logrados y desde los primeros cálculos obtenidos. Recuerdo, en particular, los desarrollados para la determinación del flujo sanguíneo miocárdico en el humano, para ello hubo primero que sondear el seno venoso coronario y puncionar la arteria periférica del paciente y mientras inhalaba óxido nítrico al 15%, tomar muestras sanguíneas simultáneas y sucesivas de estos dos vasos, determinar por duplicado el contenido sanguíneo de este gas, mediante la encumbrosa técnica de Van Slyke y finalmente, obtener la gráfica de dos curvas que limitaban la superficie que, al ser integrada matemáticamente, daría el valor del flujo sanguíneo miocárdico. Éstas y otras técnicas complejas eran practicadas sin equipos automatizados en los “tiempos heroicos de la hemodinamia”, como suele decir el doctor Alfredo de Michelli.^b

Después, la aventura siguió en buscar y seleccionar la iconografía que debía ilustrar las líneas del

* Departamento de Hemodinamia. Hospital de Especialidades. CM La Raza. IMSS. México, D.F.

^a Pionero del cateterismo intravascular en México.

^b Electrocardiografista y editor de la revista Arch Inst Cardiol Méx.

texto; rescatar de la memoria anécdotas e historias, historias clínicas, que fueran muestra y ejemplo de las aseveraciones teóricas; extraviarse en el laberinto de las demostraciones algebraicas sustento de las bases físicas y escoger los modelos experimentales en apoyo de las bases fisiológicas de la hemodinamia.

Se ha dicho que en el alfabeto está prefigurado todo lo que está o va a ser escrito:³ epístolas, memorias, novelas, *memoranda*, poemas. Así que, el origen común de la literatura formal y de la literatura científica es el lenguaje. Sólo que el escrito científico, a diferencia del literario, es una explicación de la naturaleza, más que una recreación de ella.

Así, que la obra había que escribirla y no hubo más remedio que seguir la aventura luchando con el alfabeto y sus combinaciones, al tratar de flotar y casi naufragar, más que navegar, en los meandros del lenguaje: a sotavento entre los vocablos y “voquibbles”,⁴ raras veces a barlovento en la sintaxis, siempre haciendo agua en las formas pronominales y encallando en los gerundios. Arribamos al décimo capítulo. “*Un buen número de capítulos, ni muchos ni pocos para un libro*”, fue la señal dada por uno de los coautores que habíamos alcanzado el cabo del libro.

Antes de hablar de los compañeros de aventura, quiero relatarles aquélla de buscar epígrafes para cada fascículo, aventura cuyo comienzo fue sencillo, alcanzar el fin arduo y el intermedio venturoso. Todo comenzó cuando tropecé con un poema de Fernando Pessoa, que caía como anillo al dedo para encabezar el capítulo sobre la circulación regional, cuya particularidad es la exclusividad de sus funciones en defensa de la integridad del órgano que irrigan.

El poema decía:

*El Tajo es más bello que el río que corre por mi pueblo.
Pero el Tajo no es más bello que el río que corre por mi pueblo
porque el Tajo no es el río que corre por mi pueblo.*⁵

Buscar los nueve epígrafes restantes consistió en recurrir a la memoria, releer poemarios de Quevedo, Reyes y Sor Juana, volver a recorrer el Orinoco de Alejo Carpetier⁶ y los ríos de Heráclito y las metáforas de Borges. Quedaron en el tintero los canales del Dublín de Leopoldo Bloom⁷ y el río frontero al camino de Swan⁸ por donde navegaban barcas y lanchones halados por sogas. Ni en el Escamandro homérico ni en las navegaciones imaginadas por Joseph

Conrad encontré similitud que evocara el paso de la corriente sanguínea a través de las válvulas cardíacas. Entonces hubo que inventar el epígrafe para estas válvulas (un forzado *hai ku* que más me gustaría olvidar), después de encontrar los ocho restantes en los cuentos de Guimarães Rosa, *El Romancero Gitano* de García Lorca, los poemas de Alfonso Reyes y *El Popol Vuh*.

¿Cuántos epígrafes quedaron forzados? Más de uno. Pero la aventura estaba en desandar los caminos alguna vez recorridos de la literatura. Acotar cada capítulo con epígrafes perfectos o defectuosos fue cuestión de suerte y de “*derrepentes*”, como diría Guimarães Rosa.

“*Tienes que buscar y encontrar un subtítulo ameno y atractivo que acompañe al árido título que elegiste originalmente de Leyes Físicas de la Hemodinamia*”, me aconsejó uno de los revisores científicos del libro, el doctor Julio Muñoz.^c De nuevo había que aventurarse por los caminos de la memoria y la imaginación para encontrar una metáfora para la circulación sanguínea. No encontraba yo título que llenara ese troquel; *El Río Viviente*⁹ era ya una metáfora acuñada por Isaac Asimov, otra metáfora no hallaba. No, hasta releer *El Origen de la Vida*, donde Oparin describía la génesis de los coacervados y de las células primigenias, que tomaban del océano circundante las sustancias que les permitiría crecer y mantener su integridad.¹⁰ En el curso de la evolución, los vertebrados y entre ellos el ser humano, envolvieron al nutricio océano dentro de ellos, dentro de su aparato cardiovascular. De ahí surgió el título, *El Océano Interior*.

Entre las *Ficciones* de Jorge Luis Borges hay una, *La Lotería de Babilonia*,¹¹ que es una metáfora de los dones y decomisos otorgados al ser humano, de sus encuentros y desencuentros; afortunados unos y desafortunados otros, achacados al azar que, en el curso de la vida, premia o sanciona según el dictámen de un constante sorteo.

Encuentros entre personas, fugaces unos, perennes otros, algunos aparentemente dictados por el azar y otros premeditados en apariencia, sucedieron entre la redacción del prólogo y la edición del libro. Compañía imprescindible fue la del ingeniero José Madrid, alerta vigía del derrotero seguido en las demostraciones matemáticas y redactor certero de las analogías electrónicas de la hemodinamia. Fidel Ramón Romero, médico investigador de carrera, flamante recipiendario de la beca Guggenheim y grata compañía en los senderos poco transitados de la fi-

siología, renuente y a la vez tolerante en permitir se modificara la sintaxis a la inglesa de sus textos. ¿Por qué no iba a tener el derecho de utilizar la sintaxis inglesa para escribir en castellano, cuando que Marcel Proust lo había hecho en francés*?¹²

Alfonso Reyes daba sus textos a la imprenta para no pasarse la vida corrigiéndolo (*"hacer imprimir las obras: que se va la vida en rehacerlas"*).¹³ José Madrid y yo teníamos la esperanza de ver publicado el *Océano Interior* para deshacernos de los cinco o seis borradores del manuscrito, para archivar las fotografías de las ilustraciones y eliminar de la computadora el texto correspondiente.

A semejanza de los *Seis Personajes en Busca de Autor* de la pieza teatral de Pirandello,¹⁴ que han vivido un drama real y exigen que su drama sea puesto en la escena del teatro, los cuatro redactores del *Océano Interior* devenimos cuatro autores en busca de editor, exigiendo la impresión del manuscrito. Poner en letras impresas el manuscrito fue otra aventura dentro de la aventura y para lograr este fin hubo que someter la obra al juicio de revisores, a las críticas de los escrutadores.

Encuentros que nunca ocurrieron fueron las planeadas entrevistas con funcionarios ausentes de sus oficinas y que nos hubieran apoyado en la publicación del *Océano Interior*. Una entrevista que sí ocurrió fue aquella en la que el doctor Sánchez Torres, a la sazón presidente de la Sociedad Mexicana de Cardiología, nos ofreciera su generoso apoyo para que el libro no quedara sin publicarse.

Menos generosa fue la opinión vertida por un funcionario, ¡Oh, paradoja!, Mandarín de la investigación y enseñanza médicas, que se preguntaba si valía la pena publicar un libro sobre física y matemáticas, *"¿quién iba a comprarlo? ¿quién iba a leerlo?"* Cuando que el doctor Julio Muñoz, en su empeño por publicar el libro, había dicho: *"No es cuestión de cuántos lectores pueda tener el libro; éste, debe publicarse"* y no había que preguntarse, como lo hicieron las empresas dedicadas al comercio de libros, sobre la inversión hecha y su recuperación o sobre el posible mercado y los posibles compradores cautivos.

Finalmente, llegó la ocasión en que se firmó el contrato de la edición del *Océano Interior* por parte del Instituto Politécnico Nacional, el Fondo de Cul-

tura Económica, el autor y los coautores. ¡Ahora, Alberto, ármate de paciencia! Fue el consejo del doctor Julio Muñoz, en espera de la edición del libro, en espera de ser llamados para atender las reconven- ciones de los correctores de estilo, las indicaciones de los tipógrafos, las sugerencias de los dibujantes, todos en uno, representados por el señor Héctor Veyna,^d hasta llegar a la corrección de las galeras y finalmente, de las pruebas finas, locución que me amedrenta, pues, el texto pasará íntegro a la imprenta una vez corregidas dichas pruebas y a partir de ese momento quedará cancelada toda corrección por mínima que sea y los errores desapercibidos pasarán a la letra impresa. Tal vez, por eso, el rapsoda que fue o los hombres que fueron Homero se resistían a poner en letra impresa lo que para ellos era expresión verbal pura, que perdería su riqueza al transcribirla.¹⁵

En la novela *Fahrenheit 451* (temperatura a la que arde el papel), Ray Bradbury¹⁶ imaginó una sociedad incendiaria de libros, textos notables cuya única esperanza de sobrevivencia era que cada uno de ellos fuera guardado en la memoria de los hombres y así, había un hombre que se llamaba *Los Miserables*, otro, *La divina Comedia*. Yo hubiera propuesto que un hombre se llamara *Muscle, Nerve and Synapsis*, libro del neurofisiólogo Bernardo Katz,¹⁷ texto valioso no sólo por su contenido científico, sino por la claridad y elegancia de estilo literario, parco como debe ser el escrito científico.

No siempre la buena literatura es reconocida de inmediato ni nada garantiza que pervivan o languidezcan las obras literarias. A veces sólo es cuestión de modas o de gustos el que las proposiciones literarias pervivan. La obra de Bradbury expresa el deseo de salvaguardar los libros de la incuria del tiempo y de los hombres. La literatura científica tiene por destino la sobrevida corta, ya que conceptos nuevos substituyen a los antiguos, las ideas, ahora, tomadas como válidas son substituidas por nuevas verdades, dependiendo del avance de la ciencia. La tardanza en publicar apremia la marchitez y apura la lozanía del escrito científico. La literatura formal tiene mayor suerte de sobrevivir, pues la rosa de los poetas al paso del tiempo permanece fresca, como cortada ayer, como aquella:

^c Fisiólogo del CINVESTAV y revisor del *Océano Interior*.

^{*} ...with their long sentences winding in arabesque round the central column of their meaning...

^d Editor del Departamento de Publicaciones. IPN, México, D. F.

*Rosa divina que en gentil cultura
eres.....*

*.....
enseñanza nevada de la hermosura.¹⁸*

o como la rosa de los latinos:

Rosa

Rosae

Rosam

Rosarum

Rosis

Rosas

¿Perciben ustedes el aroma?

REFERENCIAS

1. Borges JL. Prólogo del oro de los tigres. En Obras Completas. Tomo I. EMCÉ Editores. Buenos Aires, Argentina. 1972. 1081.
2. Mutis A. Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero. La nieve del almirante: Diario del Gaviero. Ediciones Siruela, S.A. Madrid, España, 1993: 63.
3. Paz O. Primer Congreso de la Lengua Española. Zacatecas, Zac. México, 1997. (Lectura).
4. Cervantes-Saavedra M de. Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco. En Don Quijote de la Mancha. 2ª. Parte. Edición y notas de F. Rodríguez-Marín. Tomo V. Clásicos Castellanos, Espasa Calpe, S.A.. Madrid, España, 1957: 72.
5. Pessoa F. Obra poética. Tomo I. Edición bilingüe. Ediciones Veintinueve, Madrid, 41-Barcelona, España, 1990: 275.
6. Carpentier A. Los pasos perdidos. Ediciones Cátedra. Letras Hispánicas. Madrid, España, 1985: 174.
7. Joyce J. Ulises. Santiago Rueda, Editor. Buenos Aires, Argentina, 1967: 129.
8. Proust M. Du côté de chez Swan. Editions Gallimard. Livre de Poche, Paris, France, 1954: 200.
9. Asimov I. El río viviente. Limusa Editores. México, D.F. 1999: 1-203.
10. Oparin A. El origen de la vida. Editorial Epoca. México, D.F. 1984: 1-111.
11. Borges JL. La lotería de Babilonia. En: Ficciones. Obras Completas. EMECE Editores. Buenos Aires, Argentina, 1974: 456-460.
12. Painter GD. Marcel Proust. A Biography. I. Chatto & Windus. London, 1966: 259.
13. Reyes A. Cuestiones gongorinas. En: Obras Completas. Tomo VII. Letras Mexicanas. FCE. México, D.F., 1959.
14. Pirandello L. Six personnages en quête d'auteur. Livre de Poche. Éditions Gallimard. Paris, France: 1-100.
15. Borges JL. El culto de los libros. En: Otras Inquisiciones. Obras Completas. Tomo I. EMCÉ Editores. Buenos Aires, Argentina. 1972: 713-716.
16. Katz B. Nerve, muscle and synapsis. McGraw-hill Book Co., New York, 1966: I-IX, 1-193.
17. Bradbury R. Fahrenheit 451. Ediciones Minotauro. Barcelona España. 1998: 1-263.
18. Cruz Sor Juana I de la. Obras Completas. Editorial Porrúa. Colección "Sepan cuantos..." 5ª Edición. México, D.F. 1981: 135.